

# EL MISTERIO EN

## "EL ESTUDIANTE DE PRAGA"

En la historia universal del Diablo, o, mejor dicho, en la historia de las relaciones entre el Hombre y el Diablo, hay una breve parte narrada por el cine: la más breve, sin duda, por que el cine es un recién llegado a la Historia y el Diablo hace largo tiempo que ensaya contra el hombre sus añejas trotes (casi siempre fallidas, por cierto, pues que el hombre es jugador-fullero más diestro que el diablo).

Pero el cine ha narrado su parte, y muy bien, y en todos los estilos. Y el diablo luce allí, cumplidamente, las vestiduras con que el cine acertó a vestirlo: a veces los carnalescos ropajes del teatro pobre, a veces los lujosos arreos de la alta poesía.

Así lo vimos, en el cine primitivo, hecho diablo de conseja popular, con rabo y cuernas; o hecho diablo de ópera, con tizona y pluma de gallo. Lo vimos en el moderno cine, circunspecto y cortés bajo la apariencia de Laird Craig; austero y grave bajo la de Walter Huston; cesterero y ajado bajo la de Jules Berry. Ahora el Cine Club, merced a una gentileza de Fernando Pereda, nos permite volver a encontrar su familiar compañía bajo la Sismonda y el atuendo de Werner Krauss.

Es ésta una de las historias en que más honradamente el cine enfrenta al misterio, y con más fino tacto. Siempre "EL ESTUDIANTE DE PRAGA" me ha recordado al "Peter Schlemihl" del delirante Von Chamisso, no solamente por la similitud del contrato -

diabólico que a ambos emparenta, sino por el agudo tino para —  
trasmudar la realidad sin despojarla de su sobrecarga apariencia, y  
para vestir la imaginaria aventura con los tangibles aspectos de  
la realidad.

Todavía pervive en "El estudiante de Praga" lo bueno del —  
"caligarrismo": fantasía creadora, afán expresivo, prevalencia —  
constante del valor plástico. Pero la proclividad hacia la morbo-  
sa angustia o el helado horror deja lugar aquí a la brumosa melán-  
colía, al aura ensoñada y alucinada de esta leyenda húngara del  
hombre que vendió al diablo su imagen del espejo.-

El cine fraguó el más justo estilo al dar a esta cinta la  
calidad neblinosa, grisácea, nostálgica y remota que tanto le cua-  
dra. Las callejuelas apretadas, el bosque sombrío, los caminos so-  
litarios bajo un cielo negro y bañados en una luz quimérica, tie-  
nen siempre un sentido fantasmal al par que una plasticidad cine-  
gráfica profunda. El misterioso y enconado viento que castiga a  
los hombres, desmelena los árboles, barre en helado torbellino las  
hojas muertas, es un personaje más, inquietante y ubíquo, en ese  
mundo que parece a tal punto hechizado.

Por ese mundo ambulan la figura y transfigura del estudian-  
te, el hombre y su imagen sufriende, presos ambos en la trampa —  
tendida por el diablo; y ambos plenos de la vida tensa, vehemente  
y angustiada que les presta Conrad Veidt.

Algunos instantes de "El estudiante de Praga" pervivirán en  
la memoria de quienes guarden recuerdo de los ápices de esta épo-  
ca y este género: la sombra que se estira hasta la balaustrada pa-  
ra hacer caer con su mano impalpable una carta de amor; la luna —  
que no refleja más que una imagen y muestra en el sitio de la otra  
sólo un embrujado vacío; el ansioso tránsito de la imagen condensa-  
da y la persecución por el camino; el disparo suicida y el fin —  
del sortilegio y la reconquistada cara moribunda entre el debata-  
te de las rotas aguas del espejo.

También aquí ote el diablo pierde, al fin y a la postre, la  
partida. Pero la pierde sólo a medias, luego de haber transformado  
varias vidas y de haber usado del comprado reflejo con más efica-  
cia diabólica que usó el diablo de von Chamisso de la sombra que  
compró al pobre Peter Schlemil.

Por lo cual no aplica, en esta brumosa leyenda, de su confi-  
ción, ni, menos aún, se aniquila a sí mismo al final por virtud —  
de cualquier explicación racional y sensata. Bajo el gastado levi-  
tón del usurero sigue siendo el mismísimo Diablo, de pies a cabe-

-za; y el cine lo acoge como tal, enfrentando sin hipocresía su presencia. Enfrentando, en sustancia, el misterio, y usando de él para llevar a una obra de tanta belleza formal como remontada poesía.

Dirigió "El estudiante de Praga" Erik Galeen, en 1926.

JOSE MARIA PODESTA